
Educación: una visión desde las dimensiones del ser humano y la vida

Daniel Hernández-Jiménez*

Resumen

Se presenta una invitación al diálogo en torno a la identificación de la vida con el conocimiento, y a considerar a esta como origen y propósito de la acción educativa. Se parte de considerar la multidimensionalidad del ser humano: cuerpo, alma, espíritu, comunidad, y su indisoluble vínculo con la vida, para construir la propuesta, que en último término busca contribuir con el desarrollo integral de la persona y a buscar una sociedad sustentable.

Palabras clave: EDUCACIÓN – CONOCIMIENTO – VIDA – CUERPO – ALMA – ESPÍRITU - COMUNIDAD.

* Bachiller en Ingeniería Electrónica del Instituto Tecnológico de Costa Rica, Profesor de Estado, en Educación Industrial con Énfasis en Electrónica del Centro de Investigación y Perfeccionamiento de la Educación Técnica (CIPET-MEP), actualmente parte de la Universidad Técnica Nacional, Licenciado en Ciencias de la Educación con Énfasis en Docencia. Especialidad: Ingeniería en Electrónica de la Universidad Estatal a Distancia; Master en Ciencias de la Educación con Énfasis en Curriculum de la Universidad Latina de Costa Rica y Doctor en Ciencias de la Educación de la Universidad Estatal a Distancia, Jefe del Departamento de Formación Profesional, CFIA.
Correo electrónico: dhernandez@cfia.cr

Abstract

An invitation to dialogue on the identification of life with knowledge is presented, and consider this as the origin and purpose of educational action. Be part of considering the multidimensionality of the human being: body, soul, spirit, community, and its inextricable link with life to build the proposal, which ultimately aims to contribute to the integral development of the person and to seek a sustainable society.

Key words: EDUCATION – KNOWLEDGE – LIFE – BODY – SOUL – SPIRIT - COMMUNITY.

Recibido: 29 de julio de 2015

Aceptado: 14 agosto de 2015

1. Introducción

“Ipse autem Deus pacis sanctificet vos per omnia, et integer spiritus vester et anima et corpus sine querela in adventu Domini nostri Iesu Christi servetur.” 1 Tes. 5, 23.

Desde los primeros días del cristianismo, Pablo el Apóstol de los Gentiles, recoge en una de sus epístolas una visión del ser humano multidimensional, que integra: sociedad, espíritu, alma -mente- y cuerpo, así en la traducción al español de la expresión latina que recoge su pensamiento; se tiene: “Que el Dios de paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo se conserve sin mancha hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo” 1 Tes. 5,23.

La dimensión social la manifestó al dirigirse a un colectivo de individuos, no lo hace a un individuo en solitario; a este colectivo le augura una cualidad de orden moral -os santifique-, desde el punto de vista de su doctrina. Las otras dimensiones las señaló explícitamente, como partes de “todo el ser”, al que conmina a conservar una característica que también se asocia al orden moral -sin mancha -.

Esta intuición teológica, que abarcaba desde este temprano momento de la cultura occidental aspectos que han hecho propios distintos saberes humanos, no obstante, fue dejada de lado al imponerse de forma reduccionista, una u otra perspectiva, por encima de sus consideraciones y aportes complementarios.

Algunos pensadores llegaron a descartar aseveraciones como las propuestas, porque pertenecían a un estadio inicial, y por lo tanto superado, del proceso evolutivo del saber humano, debemos recordar la “ley de los tres estadios del conocimiento”, propuesta por Augusto Comte (Soto y Bernardini, 2004), en la que las consideraciones de corte teológico pertenecen a la “niñez”, del desarrollo del conocimiento.

Otros, por ejemplo Descartes, dejando de plano la dimensión espiritual, llegaron a establecer aun mas allá, una división explícita entre cuerpo y mente, entre materia e ideas; además, puso su

acento en el individuo -cogito ergo sum-, con lo que la visión integral, multidimensional del ser humano y del mundo, no se vio favorecida. Con todo y lo significativo del aporte cartesiano hacia la rigurosidad en el esfuerzo humano por el conocer.

Con el advenimiento de la ciencia, su método y sus resultados asombrosos, se llegó a considerar que esta era la perspectiva adecuada para dar cuenta de la realidad y por consiguiente del ser humano: “La ciencia parecía abarcar todo los campos de la realidad y prepararse para agotar todo el conocimiento e incluso los aspectos morales, sociales, políticos, metafísicos, religiosos” (Soto y Bernardini, 2004).

La ciencia se constituía en el saber fundamental acerca del mundo y del hombre, la ciencia podía dar cuenta del cuerpo, la mente y la sociedad, con lo que se vislumbraba una posibilidad en la consideración del ser humano en su perspectiva integral, pero tal posibilidad se vio constreñida a aquellos aspectos susceptibles de ser captados por la verificación empírica y por lo tanto la dimensión espiritual quedó por fuera.

Habida cuenta que ya desde la misma ciencia (Martínez, 2001) se han señalado limitaciones para acceder a otras esferas de la realidad, del individuo, de la sociedad y del mundo espiritual, que simplemente no forma parte de su ámbito de acción, se ha visto la necesidad de retomar otras “vías de conocimiento”.

Hoy, a la luz de nuevas propuestas que nacen de la perspectiva sistémica de la vida, la mente, la conciencia y la sociedad, la dimensión espiritual recobra su brillo original, para sentar las bases de una comprensión integral del ser humano y, por consiguiente, del mundo. Es a partir de esta comprensión que se pretende aportar una visión general para la educación.

Debe advertirse que, como visión particular, probablemente adolece de parcialidad y como propuesta apunta a una concepción utópica, que debe ser trasladada a aspectos realizables, para que pueda concretarse, por ejemplo en lo cotidiano de un salón de clases, intención esta que sobrepasa en mucho las posibilidades del presente ensayo, pero que queda como inquietud.

También, como todo punto de vista, es al en de cuentas la vista de un punto, lo que implica que se dejan de lado muchos otros, posiblemente los más importantes; la propuesta se hace en términos de una invitación al diálogo y a la búsqueda de una “complementariedad” enriquecedora, (Martínez, 2001). La novedad de los aportes que se presentan, tan solo radica en el ofrecimiento de una nueva oportunidad para la discusión.

2. Caracterización sistémica del individuo y de la educación

Cada una de las dimensiones del individuo, señaladas al inicio: cuerpo, mente y espíritu, no son sino subsistemas interactuantes e interdependientes, cuyo suprasistema es precisamente la persona. A su vez, no puede entenderse al individuo como un organismo aislado, sino como parte de una red de relaciones que implica una comunidad; de esta forma el contexto de las dimensiones individuales, su macro sistema inmediato superior, es la sociedad. Aquí podríamos hacer una precisión y señalar a la familia como el siguiente estadio sistémico, pero nos decantamos hacia la sociedad, puesto que compartimos la premisa de que esta no es posible concebirla en los términos que lo hacemos en este ensayo, si dejamos por fuera la familia como núcleo fundamental de lo social.

Las interrelaciones que vinculan a los individuos entre sí, son principalmente procesos de comunicación y todos estos aspectos individuales y colectivos están orientados a una función: sostener y desarrollar la vida. De tal suerte que en un proceso recursivo, el punto de partida, desde el individuo, y de llegada, hasta la comunidad y más allá de ella, es la vida. En términos sistémicos la función u objetivo no es sino la Vida.

En atención a lo antes anotado, el propósito último de lo educativo debería ser el desarrollo humano, individual y comunitario, en todas sus dimensiones, sus interrelaciones de comunicación, privilegiando un visión ecológica profunda (Martínez, 1999). A este en podrían plegarse todos los esfuerzos de las ciencias de la educación, así como la materialización del acto educativo en sus diferentes facetas: entorno, insumos, procesos y resultados.

Desde una perspectiva curricular, composición, estructura, entorno y función del sistema: cuerpo, mente, espíritu, comunicación, comunidad, y vida, serían los puntos de referencia para discriminar los ejes curriculares y áreas disciplinarias que dan sustento al currículo.

Y puesto que la vida es dinámica, compleja y sigue un patrón organizativo en red, el abordaje de lo educativo no podría seguir un esquema analítico en el que los saberes humanos y las disciplinas que los hacen suyos se contemplan de forma atomizada y disgregada; se impone, entonces, una estrategia sistémica y por lo tanto interdisciplinaria. La educación y por lo tanto la disciplina que hace suyo lo educativo como objeto de estudio, la pedagogía, debe abordarse desde esta estrategia y esta perspectiva.

Al adherirnos a la visión que privilegia la vida, de cuyo estamos aceptando la identificación del proceso cognitivo con el proceso de la vida y por consiguiente, como ya se ha manifestado, la educación se entiende como el medio para dilucidar y fortalecer esta vinculación, tanto individual como colectivamente, porque al en de cuentas como señala Capra (2003) “(...) aprendizaje y desarrollo no son más que dos caras de una misma moneda” y que Maturana y Varela sintetizan con su “vivir es conocer”: educación es sinónimo de vida y educar es satisfacer las exigencias vitales en todos sus órdenes.

3. Educación y dimensiones del ser humano

Las dimensiones del ser humano, que perçlan “todo su ser”, marcan las pautas para orientar el quehacer educativo. De esta forma, cada una de ellas: cuerpo, mente, espíritu y comunidad, no solo sirven de marco de referencia para establecer los çnes educativos, sino que señalan los medios que se pueden abordar para lograr dichos propósitos: los contenidos y métodos de estudio. En las siguientes líneas esbozaremos algunas aproximaciones en este sentido, enfatizando en lo individual.

3.1 El cuerpo: dimensión biológica

Al referirnos al “cuerpo”, estamos aludiendo no solo a los aspectos biológicos que le son inherentes, sino a la materialización de la vida en el ser humano.

Desde este punto de partida, por ejemplo, el estudio de los procesos químicos y físicos se abordaría ciertamente para dar cuenta de lo natural, pero con una clara intencionalidad de entender su contribución a la trama compleja de la vida.

Como sustento material del ser humano, lo educativo también atendería al ideal griego del “cuerpo sano”, integrando por supuesto la contribución de los procesos de la buena salud física: nutrición adecuada, ejercicio físico, recreación, prevención de enfermedades, entre otros, en cuanto obedecen a una mejor “calidad de vida” del individuo y por extensión de la comunidad.

Capra (2003) señala que: “(...) la razón humana no trasciende el cuerpo”, es más está decididamente conformada por la naturaleza física y la experiencia corporal: “La estructura intrínseca de la razón surge de nuestro cuerpo y de nuestro cerebro”. Estos planteamientos superan la división cartesiana de cuerpo y mente, materia e ideas -conciencia reñexiva-, y desde la perspectiva que proponemos esto no puede ser de otra forma, porque ambos aspectos son dos de las dimensiones de una única realidad: el ser humano.

La siempre actual máxima, “conócete a ti mismo”, adquiere aquí vigencia en, “conoce tu cuerpo”, porque al en de cuentas es la encarnación física o “estructura material”, del “patrón de organización” del ser.

3.2 El alma: dimensión mental

Al referirnos al alma -mente-, la intención sería orientar lo educativo hacia el cultivo de la razón, la autoconciencia, las emociones y los sentimientos, en el mismo sentido de lo antes anotado, se tendría presente el ideal de “mente sana”. Aquí,

como medios y como propiciadores de reflexión y desarrollo, se tendrían los aportes de las ciencias humanas y filosóficas, las primeras en cuanto dan sustento a la comprensión del “yo”, más allá de la realidad exclusivamente corpórea; las segundas, en cuanto posibilitan la visión de conjunto, una visión universal.

El cultivo de la mente abarcaría los dos niveles de conciencia, que señala Capra, el primero que surge de las experiencias perceptivas, sensoriales y emocionales básicas; y el segundo, que se da como producto de la “conciencia de sí mismo”, del propio ser, en palabras de Capra la “conciencia reflexiva”.

Para la práctica educativa, el cultivo de la mente, implicaría desarrollar acciones que propicien el desarrollo de la experiencia directa (perceptiva, sensorial y emocional) con la vida y los vínculos entre los seres vivos, por lo que se privilegiaría la estrategia de aprendizaje basada en proyectos. También, procuraría desarrollar experiencias de auto-conocimiento, de reflexión introspectiva, de meditación, como vehículo para lograr la “visión desde dentro” y propiciar el “conocerse a sí mismo”, así como para apoyar la proyección del individuo hacia la vida espiritual y social.

3.3 El espíritu: dimensión espiritual

Al considerar la dimensión espiritual, no se estaría postulando una posición dogmática o doctrinal determinada, sino que se valorarían las diferentes manifestaciones de la religiosidad humana, en cuanto manifestaciones del trascendental “soplo de vida”, que le da sentido y coherencia a la totalidad del ser, supera la atomización del individuo y lo integra a la comunidad y al mundo. En palabras de Steindl-Rast, citado por Capra (2003):

La experiencia espiritual es una experiencia de absoluta unidad de la mente y el cuerpo. Y, lo que es más, esta experiencia de unidad trasciende no solo la separación entre mente y cuerpo, sino también la que hay entre yo y mundo. En los momentos espirituales la percepción fundamental consiste en una profunda sensación de unidad con todo, un sentido de pertenencia al universo como un todo.

En este mismo orden, se tendría en cuenta una perspectiva moral, estética y tecnológica. Lo moral que en su acepción fundamental apela a distinguir entre la bondad y la maldad, lo bueno y lo malo. La diferenciación entre uno y otro nace con el desarrollo de la conciencia reflexiva, que está a la par del proceso evolutivo de la vida humana y se concreta en el momento en que el proceso cognitivo alcanza una complejidad tal que permite un nivel de abstracción que: “(...) incluye la capacidad para mantener imágenes mentales, lo cual nos permite formular valores, creencias, objetivos y estrategias” (Capra, 2003) y con estas capacidades surge la posibilidad de elección entre diversas alternativas, considerando buenas unas y malas otras.

La discusión de qué es lo bueno y qué es lo malo, nace con la humanidad, continua en nuestros días y posiblemente seguirá por mucho más, teniéndose respuestas que surgen de las distintas manifestaciones de lo humano: la religión, la filosofía, la política, la educación. Por la opción, en torno a la vida que se ha hecho, la escala de valores se ordenaría tomando como “bueno”, aquello que privilegia la vida, su gestación y desarrollo, en todos los órdenes naturales; es así que aspectos como la sexualidad responsable, la maternidad y la paternidad como expresiones de una fecundidad que produce vida, familia cual red vital básica del entramado social, la comunidad como ecosistema humano, el uso sustentable de los recursos y el respeto por la biodiversidad, necesariamente serían tomados en cuenta en el proceso educativo. Esto también conminaría la propuesta axiológica a privilegiar aquellos valores que favorecen la vida, el respeto, la solidaridad, la cooperación, la convivencia social y la “sustentabilidad”.

Se ha señalado que, como parte de las manifestaciones del espíritu, surgen las perspectivas estética y tecnológica; esto es así porque la vida es un despliegue continuo de creatividad, transformación y búsqueda de la perfección y es precisamente a través de la expresión artística y de los desarrollos tecnológicos en que el ser humano ha encontrado, desde siempre, un medio privilegiado para expresar esta compulsión espiritual, porque

al fin de cuentas son parte del continuo de su propia evolución: “(...) la tecnología - discurso de las artes- constituye una característica definitoria de la naturaleza humana: su historia abarca todo el periplo de la evolución humana” (Capra, 2003).

El modelo educativo que se propone propiciaría acciones que permitan las diferentes manifestaciones artísticas y tecnológicas, su comprensión y valorización en cuantos procesos vitales, que están íntimamente vinculados con la vida y que, por lo tanto, deben expresarla y favorecerla.

3.4 La comunidad: dimensión social

Se ha señalado como entorno o macro sistema del ser humano, a la sociedad, advirtiendo necesariamente que el desarrollo del ser humano no es en solitario, es en el seno de la comunidad donde este encuentra su sentido: “Ningún organismo podría existir aislado,..., la forma de sostener la vida es construir y nutrir la comunidad” (Capra, 2004).

Como Bunge (1999) manifiesta, el entramado social es a su vez un conjunto de subsistemas interrelacionados: el biológico, el cultural, el económico y el político. Desde la perspectiva que se propone, la dimensión biológica haría referencia a la biosfera y los ecosistemas como modelos para una sociedad sustentable. La dimensión económica haría referencia al trabajo y al comercio, como oportunidades para enriquecer y transformar la comunidad global. La dimensión política haría referencia a las relaciones de administración y poder, como vehículos de autoridad: una base sólida del saber y actuar para el beneficio colectivo. La dimensión cultural se entendería como el sistema integrado de valores, creencias y normas de conducta socialmente adquiridos, que da cohesión e identidad a la comunidad y que a su vez son la materialización de los significados compartidos y por lo tanto deben ser conocidos, preservados y desarrollados.

Cada uno de estos elementos serían de consideración y darían su aporte para lo educativo y, en una vinculación de retroalimentación, lo educativo haría lo propio para afectar a cada uno de estos subsistemas para que estén al servicio de la vida.

3.5 La comunicación

Ciertamente la dinámica de la vida es compleja y esto se refleja en las múltiples interrelaciones que vinculan las múltiples dimensiones del ser humano, como individuo y como miembro de una comunidad; no obstante, desde elementos básicos del cuerpo, las células, hasta los subsistemas que caracterizan la sociedad, se dan intercambios de información en verdaderas redes de comunicación. Así, por ejemplo, en el nivel neural, el intercambio sináptico se da por la comunicación de estímulos electroquímicos, que en niveles de complejidad y abstracción progresivas dan lugar a las ideas, y la memoria, con lo que las posibilidades de comunicación, consigo mismo (introspección) y con los demás (proyección) quedan establecidas.

El vínculo vital entre el individuo, en cuanto sistema definido, y los demás individuos, es por lo tanto de comunicación. Es a través del lenguaje articulado y el simbólico en que las dimensiones individuales se proyectan hacia lo comunitario: “(...) el mundo interno de nuestra conciencia reflexiva aparece en la evolución de la mano, del lenguaje y de la realidad social, lo cual significa que la conciencia humana no es un fenómeno únicamente biológico, sino también social” (Capra, 2003).

La realidad social está inextricablemente asociada a la conciencia reflexiva del individuo a través de la comunicación y esta es más que transmisión de información. Para comprender esta aseveración, basta con seguir la línea de pensamiento que hemos emprendido y considerar las dimensiones del ser humano.

Una red de comunicación tiene en su base el dato, que es la unidad de información elemental adquirida por la experiencia sensorial; en este nivel la dimensión corpórea es imprescindible. Un conjunto de datos puede constituir información, si media un proceso de discriminación, categorización e interpretación, aspectos todos estos que están al nivel de la conciencia reflexiva (cuerpo y mente). La información como tal da paso a la sabiduría, si media la acción del espíritu y se abre al bien comunitario con lo

cual se estaría contribuyendo a sostener la vida. Todo el proceso constituye un proceso de conocimiento puesto que se da en los diferentes órdenes vitales del individuo: cuerpo, mente, espíritu y comunidad.

La acción educativa tiene entonces una tarea ingente: establecer las condiciones para que individual y colectivamente se tenga la posibilidad de transformar los datos en información y esta en sabiduría, como parte del proceso de conocer-vivir.

4. A modo de conclusión

La propuesta que se ha desarrollado, gira en torno a la identificación de la vida con el conocimiento y a considerar a esta como origen y propósito de la acción educativa.

Es a partir de la multidimensionalidad del ser humano: cuerpo, alma, espíritu, comunidad y su indisoluble vínculo con la vida que se ha construido una propuesta que en último término busca contribuir a lograr el desarrollo integral de la persona y de una sociedad sustentable.

Puesto que se ha empleado la perspectiva sistémica, es en sus términos que se pueden establecer los conceptos de persona y educación: la persona humana es un sistema complejo, cuya composición la forman cuerpo, alma y espíritu, su estructura la definen redes de comunicación, su suprasistema es la sociedad y su función la define la vida.

La educación es desarrollo humano, individual y comunitario, en todas sus dimensiones, sus interrelaciones de comunicación y, desde una visión ecológica profunda, debe orientarse a comprender y favorecer la vida.

Referencias bibliográficas:

- Biblia de Jerusalén. (1976). Bilbao, España: Desclée de Brouwer.
- Bunge, M. (1999). Las ciencias sociales en discusión: Una perspectiva filosófica. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Capra, F. (2003). Las conexiones ocultas: Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo. Barcelona, España: Anagrama.
- Comprendiendo y vivenciando la ecología. (2004). Recuperado de, http://www.redtercermundo.org.uy/texto_completo.pdf?id=2583.
- Martínez, E. (1999). “La educación es desarrollo humano”. En Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD: Los retos educativos del futuro. Estado de la Educación en América Latina y el Caribe. Comisión de alto nivel del desarrollo RLA/96/001. San José, Costa Rica.
- Martínez, M. (2001). “Nuevo paradigma epistémico”. En AA.VV. Las ciencias Sociales: Reflexiones en Fin de Siglo. Fondo Editorial Tráopikos. Comisión de Estudios de Posgrado, FACES, Universidad Central de Venezuela. Recuperado de, http://www.avizora.com/publicaciones/monosavizora/necesidad_de_un_nuevo_paradigma_epistemico.htm
- Sistemas sociales y filosofía. (1999). (2 Ed). Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Soto, J. y Bernadini, A. (2004). La educación actual en sus fuentes filosóficas. (2 Ed.) San José, Costa Rica: EUNED.

